



Alfredo Bryce Echenique:

"Zapatos Vagabu"

Muy sumamente demasiado

Enigma

Tu padre sentencioso confirmó tu muerte temprana. Es triste, pero no lloré. Te maldije en cambio. No podrías contarme el secreto. A cada uno nos entregó un recuerdo tuyo. Yo me llevé la carterita de lana que siempre usabas.

Esperamos algo silenciosos en el cuarto, velando una foto tuya. Curioso. Te habían enterrado hace una semana y nosotros velándote tarde. La foto era reciente, estabas echada en el jardín y llevabas una sombrilla que a tí misma te daba gracia. Sonreías, siempre sonreías, y por qué no habrías de hacerlo. Si me lo hubieras contado, yo también estaría sonriendo.

Hablábamos de tu muerte, pero nadie mencionaba la causa. Decíamos: "Qué pena", "Pobrecita", "Yo me enteré hace tres días".

Parecía que todos sabían el cómo y por qué, y yo, inquieto por ponerme al día, movía mis dedos con nerviosismo y jugaba con el broche de la carterita. Abriendo. Cerrando. Abriendo. Y al fin pregunté: -¿Y cómo fue?

La pregunta preclío irritarle. Me miró con los ojos desorbitados infundiéndome culpa y miedo. Creí que no diría nada. El silencio incómodo se hubiera prolongado más, si no fuera porque respondió con una sola palabra: "Despierta".

Esa mañana quedamos en vernos. Al fin me revelarías el secreto y yo te hablaría de un sueño confuso en que tu padre, ellos y tu muerte, te velábamos en silencio.

Apareciste por la esquina, tenías el vestido rosa, tus tacos en punta resonaban por la calle como marcando el tiempo. Casi no me fijé en la carterita de lana con un broche al medio.

Nos dijimos "Hola" y "Cómo has estado". Estuvimos callados un momento hasta que hablaste:

-Bueno, ¿te cuento?

-Claro. Por favor comienza.

Entonces tus labios se movieron, tomaron aire y se quedaron tenses, inmóviles. Comenzaron a hincharse un poco y su color ya no era rojo vivo sino un lila asqueroso. Tus ojos desorbitados me infundieron culpa y miedo. Mis manos alrededor de tu cuello. Pero ya no importaba eso, ni siquiera me interesaba el secreto. Luego vendría tu padre confirmado tu muerte, y ellos, y tu cartera, y yo maldiciéndote porque ya nunca podría saberlo.

Pablo Enrique Osorio Abud. Oruro-1985

Había cumplido todos los compromisos de trabajo que me llevaron a Venezuela pero continuaba llenando la agenda llena de desayunos, de almuerzos, de comidas, de nombres y teléfonos de gente que aún tenía que ver. En mi habitación del hotel los mensajes continuaban amontonándose y sobre una mesa había dos pilas de libros que llegaban casi hasta el techo. No me quedaba más que estirar el tiempo. Como quien lo duplica o triplica. Se necesitaba cierta magia y mucha energía, para todo aquello, y la verdad es que las cosas empezaron a funcionar por lo menos con cierta gracia, por no decir milagrosamente, y de pronto se borron también por completo los límites entre el día y la noche.

En un elegante restaurante vasco almorcé con una joven escritora, aún inédita, y el anochecer nos pescó en los Jardines del hotel Tamanaco, tomando copas en el bar de la piscina. Ella trató de explicarme bastante razonablemente dónde me encontraba, por ejemplo con respecto a mi hotel, pero yo me había instalado ya en ese estado de gracia en que las cosas se arreglan y se acomodan bien, funcionan solas, y siempre en el sentido en que uno quiere que funcionen. Esa misma mañana me había perdido por completo, al dirigirme al Centro Rómulo Gallegos, y cuando realmente empecé a darme cuenta de que iba a llegar tardísimo a mi cita, una señora muy simpática se acercó para informarme de lo perdido y despistado que estaba yo, y creo que hasta de mi nombre, agregando con sorprendente naturalidad que tenía su automóvil en un parking muy cercano. Sin más, me llevó hasta la puerta misma del Centro Rómulo Gallegos, y desapareció.

Aquella penúltima noche en Caracas comí con los amigos de la embajada peruana y con algunos de ellos terminé buscando ese lugar maravilloso para amanecer escuchando boleros viejos e inmortales. La verdad, mucho más hermoso a instructivo y sobre todo divertido fue el camino hasta esa Itaca del bolero. Con Luis Solari y su esposa sobrevivimos a los fracasos de aquella noche y la madrugada nos pescó buscando, siempre inútilmente, aquel bolero sereno, conservado y antiguo, en mi hotel. Nos amaneció sin bolero alguno, simplemente hablando y siendo amigos, sentados los tres en mi habitación.

Desayuno y duchazo para desayunar nuevamente con una joven pareja de periodistas y escritores que querían escribir un reportaje sobre mi último día en Caracas. No sé si terminaron ese reportaje y si se publicó, porque creo que con sólo escuchar cuál era mi programa empezaron a sentirse ya un poquito cansados. A ella, en todo caso, no la vi más, y el muchacho, si mal no recuerdo, se hizo humo muy pronto aquella noche.

A mediodía aparecieron muy puntualmente Peter y Nancy Landellius, los embajadores de Suecia, para llevarme a un concurrido y entrañable almuerzo en casa de María Ramírez Ribes, una de las personas que más afectuosamente me trató en aquel viaje. La había visto casi diariamente, desde que la conocí en casa de Nancy y Peter, y aquel soleado día el Jardín de su hermosa residencia estaba lleno de gente y de alegría.

Ahí sí que se estiró el tiempo, pues debí haber tenido largas conversaciones con muchas personas y, aunque en los aperitivos se fueron horas, más horas en el delicioso almuerzo típico y más aún en la

sobre mesa, cuando me escapé con dos entrañables amigas todavía estaba a tiempo para caerme por una discoteca llamada Underground, tomarme unas copas ahí con ella y con el reportero de mi último día en Caracas, y regresar a mi hotel a tiempo para comer con una amiga de mi hermana mayor y su hija, en una casa que parecía colgar sobre el mundo.

Y ahí estuve horas colgando sobre el mundo, me imagino, pero volví al Underground a tiempo para asfixiarme con la bomba de gas lacrimoso que alguien arrojó desde la calle, tal vez porque en la discoteca había una celebración gay. Ya no estaba una de mis dos amigas entrañables, el reportero joven había desaparecido, la chica que me acompañaba empezaba a dar signos de fatiga y la entrañable amiga que me quedaba era la encargada de la discoteca y si parecía ser ahí la única persona dispuesta a hacerme compañía hasta el alba, pero sin duda soportando un gran cansancio. La verdad, no sé si por algún lado había fallado de golpe la gracia de aquella noche o si yo me había demorado demasiado en volver el Underground. Para lágrimas, en todo caso, me bastaba con las de los gases, y opté por regresar al hotel y preparar mi equipaje, antes de ducharme y de pedir mi primer desayuno.



Creo que nunca amaneci del todo, aquella mañana, o que no quería amanecer o que no me conformaba con amanecer. Había quedado con mi joven amiga escritora en pasar esas horas matinales en El Hauillo, una suerte de pueblo elevado en las afueras de Caracas, que sin duda haría la delicia de hippies y de pintores. Ella y yo nos sentamos tranquilamente en una terraza, con la intención de comer unas típicas hayacas o tal vez unas arepas, pero lo cierto es que yo me tomé unas cervezas y apenas comí algún panecillo. Sentía mucho sueño, mucha paz, mucho cariño, y las imágenes de los dos últimos días con una incontrolable intensidad. Había pasado demasiadas cosas divertidas y entrañables, cada vez más situaciones y descubrimientos o revelaciones inolvidables, por instantes sentía el enorme deseo de llegar nuevamente a Caracas y empezar con todo de nuevo, pero previéndolo, ordenándolo, quedándome con algo para mí y no dejándolo todo una vez más como una larga colección de momentos que no supe retener ni muchos menos conservar. Recordé la frase de Heinrich